

Montaigne (1533-1592): el viaje como construcción de la identidad

Víctor Hugo Palacios Cruz

Escritor y filósofo. Profesor de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo (Chiclayo)

Resumen

En medio de cruentos conflictos religiosos, Montaigne profesa un inusual interés por la variada condición de sus semejantes, en la certeza de que la finitud humana, así como desautoriza la arrogancia, causa una diversidad de rostros y caminos cuyo encuentro -a través de la lectura, la conversación y los viajes- es el lugar más propio para la búsqueda de la comprensión y la ejercitación del yo. "Cuando alguien me contraría, no despierta mi cólera sino mi atención"; "cualquier cielo me va bien", dice alentadamente en *Los ensayos*.

En *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), el capitán Nemo diseña un submarino capaz de permanecer en las silenciosas honduras del océano que recuerdan a la oscuridad que rodea a un astronauta fuera del planeta. El Nautilus guarda colecciones de arte y libros que colman de dicha a un hombre que se ha despedido para siempre de sus congéneres. Defraudado por las vilezas de la humanidad, prefiere textos de literatura y ciencia antes que de política y sociedad.

La vida de Michel de Montaigne (1532-1592) atravesó un siglo XVI agitado, conflictivo y desdichadamente sanguinario. Era un tiempo de transformaciones y, por ello, de aguas revueltas e inestabilidad. Tenía motivos, como el personaje de Verne, para enclaustrarse en la torre de su castillo donde su selecta biblioteca podía depararle largas horas de delicia.

Por entonces, el hombre común vacilaba entre el rigor de la vieja nobleza y la impetuosa burguesía; entre los códigos de honor del feudalismo y la voraz abstracción del dinero; entre el vetusto orden de la civilización mediterránea y la ruptura de mapas luego de audaces travesías marítimas; entre la astronomía de Ptolomeo y el heliocentrismo de Copérnico que removía nuestra posición en el cosmos. También entre la milenaria unidad cristiana y la irrupción de nuevas iglesias que seguían el surco abierto por Lutero, ante el estupor de una jerarquía eclesiástica corrompida.

Pronto, aquellas diferencias de religión atizaron codicias de poder. Como sabe nuestro atribulado siglo XXI, cuando alguien se adjudica una autoridad divina, su humana opinión cobra un ardor demencial capaz de lo atroz. Decía Hölderlin: "cada vez que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo ha terminado por convertirlo en un infierno".

La noche del 24 de agosto de 1572, con ocasión de las bodas entre la católica Margarita de Valois y el hugonote Enrique de Navarra, se produjo una escaramuza que encendió el material inflamable acumulado, una horrenda masacre que empezó en París y se propagó por el resto de Francia. Miles perecieron bajo el cuchillo de enceguecidos católicos que en nada se parecían al Nazareno. “El Ródano arrastró tantos cadáveres de Lyon a Arlés que los arlesianos no pudieron beber de sus aguas hasta tres meses después”, cuenta un historiador.

Durante aquella guerra civil, dice Ralph Waldo Emerson, cada casa se convirtió en un fuerte. Sin embargo, el castillo de Montaigne –cerca de Perigord, en la Gascuña– se mantuvo sin defensa y con las puertas abiertas. Los miembros de cualquier facción podían entrar y salir de él con libertad y aun “los señores y nobles vecinos le llevaban joyas y papeles para que los salvaguardara”. Como alcalde de Bordeaux, Montaigne interpuso su tacto diplomático para evitar el regreso de la violencia. Él, que permaneció católico hasta su muerte y para quien la conversión al protestantismo de uno de sus hermanos dejó intacto el afecto.

En un mundo, diría Max Horkheimer, “inseguro, cambiante y engañoso”, nada más natural que guarecerse bajo el alero del yo, único reducto a salvo de la tempestad. Como el Maquiavelo de inicios del siglo XVI que ha perdido su puesto de canciller en Florencia y halla en su estudio, entre los autores antiguos, el refugio que lo consuela y “durante cuatro horas de tiempo no siento tedio alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me asusta la muerte: me transfiero del todo en ellos”. Como el René Descartes que en el siglo XVII concluye que había buscado inútilmente el saber entre maestros, libros y ciudades, todos ellos contradictorios, y persigue la ciencia total siguiendo únicamente la “voz de la razón”, provista de ideas innatas que justifican la renuncia a sus sentidos y al testimonio de los otros. Como el Voltaire del siglo XVIII que en su cuento “Cándido o el optimismo” desaconseja la ambición de entender el universo y recomienda conformarse con “cultivar la propia huerta”.

Pero sucede que no es esa precisamente la conducta de Montaigne. Más bien, como dice Peter Bürger, ama la vida y la naturaleza en una “época de espanto”. Montaigne es quien declara que “si alguien me contradice, no despierta mi ira sino mi atención”; quien confiesa que lee a Cicerón con el mismo interés con que

escucha a los campesinos de sus tierras; quien siendo en su juventud inquieto, jovial y dado a los gustos mundanos, trabó la más fiel amistad con Etienne de la Boétie, que era más bien austero, racional y seco, y “si se me urge a decir por qué lo amaba –escribe Montaigne–, siento que solo puedo expresarlo diciendo: ‘porque era él, porque era yo.’”; quien declaró que el ser más honesto es el “hombre mezclado”; quien advirtió que si tuviera que elegir entre perder la vista y perder el oído, preferiría lo primero, pues lo segundo lo privaría del mayor de sus deleites, la conversación; quien afirmó que “considero a todos los hombres compatriotas míos, y abrazo a un polaco como a un francés, posponiendo el lazo nacional al universal y común”, “la naturaleza nos ha puesto libres y sin lazos en el mundo”, somos nosotros los que “nos aprisionamos en ciertos rincones”.

También quien decide tras una década entre los libros de su castillo –adonde se había retirado luego de las muertes de su padre y de Etienne de La Boétie– y después de dar a la imprenta en 1580 el único libro que escribió y reescribió por el resto de su vida, *Los ensayos*; desprenderse de los muros de la herencia y de la administración de sus prósperos campos para emprender un extenso viaje que lo llevaría por Alemania, Suiza e Italia. Es cierto que interesado en visitar baños de aguas medicinales que, según rumores, podían aliviar su dolencia renal, pero sobre todo animado por el simple gusto de cabalgar que él resume a su manera: “si de mí dependiera formarme a mi albedrío, mejor pasaría yo la existencia con el trasero en la montura”; y si “me fuese dable elegir [la muerte], la recibiría más bien a caballo que en el lecho”.

Añade misteriosamente: “a quienes me piden cuentas de mis viajes suelo responderles que sé muy bien de qué huyo, pero no qué busco”. Las turbulencias del momento volvían saludable poner tierra de por medio para conceder a los nervios una tregua. Sin embargo, no saber qué se busca depara a menudo mejores hallazgos. En el amor, buscar supone ver a otra persona a través del velo de una expectativa y juzgarla según una medida que proviene de la fábrica interior antes que de las posibilidades de lo real, encantadoramente infinitas. Obraríamos más enamorados de una idea que abiertos a la inagotable humanidad.

El autor de *Los ensayos* no va a algún lado, como el turista que sigue un calculado plan a su paso por los lugares por donde, efectivamente, *pasa*. Dice

Montaigne: “no emprendo [mi viaje] ni para regresar ni para completarlo. Lo emprendo tan solo para moverme, mientras el movimiento me complazca. Y me paseo por pasearme. Quienes corren en pos de un premio, o de una liebre, no corren. Corren quienes corren por juego, y para ejercitarse en la carrera”. Ese jugar por jugar –no por apuestas o compensaciones– de los niños que es la libertad más pura.

Según Montaigne, a un niño le vendría bien “la visita de países extranjeros, no solo para aprender, a la manera de los nobles franceses, cuántos pasos tiene la Santa Rotonda, o la riqueza de las enaguas de la Signora Livia, o, como otros, hasta qué punto el semblante de Nerón en alguna vieja ruina de allí es más largo o más ancho que el de cierta medalla similar, sino para aprender sobre todo las tendencias y costumbres de esas naciones, y para rozar y limar nuestro cerebro con el de otros. Yo quisiera que empezaran a pasearlo desde la primera infancia y, en primer lugar, para matar dos pájaros de un tiro, por aquellas naciones vecinas cuyo idioma dista más del nuestro, y al cual, si no la formas desde muy temprano, la lengua no puede adaptarse”.

Salir para expandir las provincias del yo. La calidad del itinerario no depende de la fama de los destinos, sino de la disposición del viajero. En la percepción de lo trivial puede ocurrir la inminencia de lo excepcional. Escribe Chateaubriand: “el hombre no tiene necesidad de viajar para crecer; lleva consigo la inmensidad. Un acento escapado de vuestro pecho no conoce medida y halla eco en miles de almas: quien no tiene dentro de sí esta melodía, en vano la pedirá al universo. Sentaos en el tronco del árbol abatido en el corazón del bosque: si en el profundo olvido de vosotros mismos, en vuestra inmovilidad, en vuestro silencio no encontráis el infinito, es inútil que os perdáis por las riberas del Ganges”.

Desde luego, no moverse para solo cambiar el fondo de obsesivos *selfies* que sugieren lo inquietante: que no requerimos de otros para construir la propia identidad, obviando que aun “el niño descubre su existencia al captar la mirada de su madre: soy lo que ella mira”, dice Todorov. Tampoco viajar para deshacernos de una aflicción. Séneca advierte a Lucilio que no espere de los desplazamientos el remedio a su pesar, pues donde quiera que vayamos seguimos estando dentro de nosotros.

El turista de hoy espera que los sitios satisfagan su curiosidad, por tanto que halaguen sus prejuicios. El pasajero movilizado por las agencias de publicidad recorre tiendas y museos, contempla bailes y ritos, prueba comidas y atuendos que en todo instante deben resultarle extraños, incluso “exóticos”, palabra que proviene del griego “exo” que significa “fuera”. Vocablo que preserva la línea divisoria que hace de cualquier cultura un espectáculo por el que se paga, pero en el que se procura cuidadosamente no inmiscuirse.

Montaigne, a la inversa, se encharca con gozo en la peculiaridad de cada pueblo. Es él el que se siente obligado con los demás. Al entrar en Italia escribe su *Diario de viaje* empleando la lengua del país. Conoce a unos judíos en Roma y pide que lo lleven a una sinagoga para presenciar una ceremonia de circuncisión. Y escribe: “yo viajo no para buscar gascones en Sicilia, he dejado bastantes en casa; prefiero buscar griegos y persas”. Tras comer en alguna localidad alemana lamenta no haber traído a su cocinero. No. No porque le defraude la gastronomía nativa, sino más bien porque desea repetir las recetas autóctonas en el castillo a su regreso.

Sus días en Italia se vieron bruscamente interrumpidos por el expreso pedido del Rey de Francia y el reclamo de los habitantes de Bordeaux de que asumiera la alcaldía de este municipio perturbado por disputas y desórdenes. Accedió; pero en 1583, extenuado por las intrigas y el peso abrumador de la función pública, renunció a su cargo para retirarse a su castillo, esta vez definitivamente.

Durante este segundo retiro, por cierto nunca estricto, *Los ensayos* fueron reescritos y ampliados para su segunda edición de 1588, y aun después siguieron siendo objeto de correcciones y añadidos que constan en ediciones póstumas y confirman que, como la vida, la obra no se termina, solo se interrumpe.

Aun tratando de los carruajes, los caníbales, los libros o unos versos de Virgilio, Montaigne advierte que en *Los ensayos* “me estudio a mí mismo más que cualquier otro asunto”. “Hace muchos años que mis pensamientos no tienen otro objeto que yo mismo, que no examino y estudio sino a mí mismo. Y si estudio otra cosa, es para aplicarla de inmediato a mí, o en mí, por decirlo mejor”. Por lo demás, “la prolongada atención que dedico a examinarme a mí mismo me habitúa a juzgar también a los demás de manera aceptable”. Sócrates enseñaba que “una vida sin

examen no merece la pena ser vivida”. La reflexión es, sin duda, la forma cómo el humano se hace responsable de su existencia.

Pero su torre no es la celda de un místico ni la cueva de un ermitaño. Es solo el único espacio que le pertenece y puede permitirle tomar su alma para no dejar que se haga jirones con el tráfago del día. Tomarla no quiere decir separarla del exterior; más bien, escribiendo es como acomoda en su interioridad los diversos frutos de sus cabalgatas, diálogos y lecturas. “Somos más ricos de lo que pensamos”, dice. Si no amamos el mundo dentro de nosotros, ¿dónde más lo haremos?

Con la vista empañada por la turbiedad de una sucesión de tragedias (la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto judío, las bombas atómicas), Max Horkheimer interpretó esa voluntad montaigniana de introspección como la actitud indolente ante la sociedad de un burgués que prefería la paz de sus divagaciones privadas.

Aclara Jean Lacouture: “no ver en *Los ensayos* cómo llama y golpea el mundo, sus luchas, sus compromisos, equivale a confesar que no se lo ha leído”. Stefan Zweig agrega por su parte: “la mirada hacia su «yo» no lo ha enajenado del mundo. No es un Diógenes que se esconde en su tonel, ni un Rousseau que se entierra en una monomaniaca locura persecutoria. No hay nada que lo amargue o pueda alejarlo del mundo que ama. «Yo amo la vida y la disfruto tal como Dios ha querido dárnosla» –cita a Montaigne–. El que haya cultivado su «yo» no lo ha convertido en un solitario, sino que le ha granjeado miles de amigos. Quien retrata su vida, vive para todos los hombres; quien da expresión a su tiempo, vive para todos los tiempos”.

El jinete escritor “ama inconmensurablemente la existencia”. Para él, como comenta Zweig, “todo es bueno y Dios bendice la diversidad. Importa lo que dice el hombre más simple, con los ojos abiertos se puede aprender hasta de los más necios, y de los analfabetos más que de los ilustrados”. Por ello y con desenvoltura, conversa “con el vecino sobre su hogar, su caza, sus pleitos judiciales y también se entretiene gustosamente con el carpintero y con el hortelano”.

Permaneciendo en su castillo, Montaigne no confirió a su torre la insonorización que Marcel Proust consiguió para su dormitorio a fin de no escuchar el ruido de la aviación germana sobre el cielo de París. En la viga del techo más

próxima a su mesa de trabajo, mandó inscribir el proverbio de Terencio: “soy hombre y nada humano puede serme ajeno”.

No es raro, entonces, que su escritor predilecto fuera Plutarco, el autor de *Vidas paralelas*. La frase de Terencio alumbró asimismo lo que Montaigne espera de sus excursiones: el contacto con el individuo único y tangible al margen de alcurnias y etiquetas. “Como a quien busca es al hombre –observa Zweig–, ignora las clases, y en Ferrara come con el duque y conversa con el Papa al igual que lo hace con párrocos protestantes, zwinglianos y calvinistas” o “pide a las campesinas que bailen y charla con cualquier *lazzarone*”.

Habiendo anunciado que “yo mismo soy la materia de mi libro” y “me pinto a mí mismo”, inesperadamente no dedica la amplitud de su obra a hablar de sus cuitas y experiencias como haría, por ejemplo, un diario íntimo o las memorias de quien acaba de abandonar la vida pública. En lugar de ello, comenta Jesús Navarro Reyes, “dedica páginas y páginas a contarnos los hechos de Catón, César, Atahualpa o algún campesino de su pueblo”. Sucede que “las historias acerca de otros cumplen también una función oblicua, indirecta: no están ahí tanto para hablar de ellos como para hablar del propio sujeto que los cuenta”.

El escritor dibuja su identidad abordando una variedad miscelánea de temas, en la certeza de que cada humano es una mirada y una mirada que camina. De pronto, Montaigne revela que “no he hecho más mi libro de lo que mi libro me ha hecho a mí”. En él, el sujeto se descubre, compone y delimita a través de una disparidad de objetos; recíprocamente, estos hallan en su palabra hogar y duración, expresión y gratitud.

Descartes deduce de la igualdad de los mortales –“el buen sentido es la cosa mejor repartida entre todos los hombres”– la excusa para mirar en sí mismo: “decidí liberarme de los muchos errores que ofuscan nuestra luz natural y escuchar únicamente la voz de la razón”. Incluso, señala el peligro que encierran los viajes de volvernos extranjeros en nuestro país. Si se mudó a la tumultuosa Amsterdam, huyendo de la censura francesa, fue para obtener del trajín de una multitud ocupada en sus negocios el anonimato necesario a su soledad. En él la universalidad de lo humano es una coartada para justificar la individualización del pensamiento.

Montaigne, en cambio, parte de la misma igualdad de todos para buscarse a sí mismo en la pluralidad e indagarse en el rostro de los demás. Descartes fija su atención en la igualdad de los diversos y opta por un ensimismamiento autosuficiente. El autor de *Los ensayos* posa la mirada en la diversidad de los iguales y sitúa en la conversación, la lectura y el viaje el domicilio de toda búsqueda y aun de la búsqueda de sí mismo.

Puede que la escritura a solas termine en una flotación sobre el suelo irregular de la Tierra, incluso la arrogancia. Pero Montaigne se cura en salud aclarando que “no enseño, yo relato”. Refiriéndose a sus textos, dice para sorpresa del lector: “sin que importe cómo son estas sandeces, quiero decir que no he pensado en esconderlas, como tampoco escondería un retrato que me mostrara calvo y canoso, en el cual el pintor hubiera fijado no un semblante perfecto sino el mío. Porque también éstas son mis inclinaciones y mis opiniones. Las ofrezco como lo que yo creo, no como aquello que debe creerse. [...] No poseo la autoridad de ser creído, ni lo deseo, pues siento que estoy demasiado mal instruido para instruir a los demás”.

¿Y, entonces, por qué decide dar a conocer sus ensayos? Contesta: “ningún placer tiene sabor para mí sin comunicación. Mi alma no concibe un solo pensamiento airoso sin que me irrite por haberlo producido en solitario, y sin nadie a quien ofrecérselo. Si se me concediera la sabiduría con la salvedad de haber de mantenerla oculta y sin poder declararla, la rechazaría”.

La salida, el encuentro, la comunicación. Es lo que complace a Montaigne si lee, charla o ata su caballo para demorarse unos días donde sea. Somos finitos; cómo pretender que nuestra mirada lo cubra todo. Ningún individuo, pueblo o generación agota lo real; a qué extrañarnos de que cada cual ordene su vida desde su trato con lo circundante. Un ángulo que no es la suma de todos los ángulos. Apenas un punto en el tiempo y el espacio, pero un punto irrepetible e irremplazable. “La enfermedad más ruin –subraya Montaigne– es el desprecio de nuestro ser”. En su novela *Demian*, Herman Hesse escribe: “cada uno de los hombres no es tan solo él mismo; es también el punto único, particularísimo, importante siempre y singular, en el que se cruzan los fenómenos del mundo, solo una vez de aquel modo y nunca más”.

Y al escucharnos canjear nuestros respectivos pedacitos de mundo, pues ver juntos es ver más. Otro francés, Marcel Proust, anotaba: “el único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien; ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es”.

Ello no significa que de una asamblea de voces saldrán las tablas del saber definitivo. Algo que sería terrible. Nietzsche hablaba de “la melancolía de todo haber llegado”. Una ciencia total comportaría la muerte de la filosofía, etimológicamente “amor a la sabiduría”: anhelo y búsqueda; nunca posesión. Descartes, opuestamente, ansiaba un saber para el cual no haya “nada tan oculto que no podamos descubrir ni tan alejado que no podamos alcanzar”. Ciertamente, la defunción del misterio.

Como presintiendo las desmesuras racionalistas de la modernidad, Montaigne dice: “porque hemos nacido para buscar la verdad; poseerla corresponde a una potencia mayor”, “el mundo es solo una escuela de indagación” de manera que “la cuestión no es quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras”. “La mejor de las posadas es el camino mismo”, dice Don Quijote a Sancho.

“A quien solo goza con el goce –continúa Montaigne–, a quien solo gana si lo gana todo, a quien la caza solo le gusta en la captura, no le corresponde entonces entrar en nuestra escuela. Cuantos más escalones y grados haya, más elevación y honor tendrá la última posición. Deberíamos complacernos en que nos condujeran, como suele hacerse en los palacios magníficos, por una variedad de pórticos y pasillos, por largas y agradables galerías, y dando numerosos rodeos. Esta dispensación redundaría en nuestro beneficio; nos detendríamos y amaríamos durante más tiempo. Sin esperanza ni deseo, nada de lo que hacemos vale nada”.

Consecuentemente, aclara que *Los ensayos* no son su doctrina, sino su ejercicio. Por tanto, el paseo por la geografía no es sino otro capítulo del amor a la verdad, en que el fin es inmanente, es decir, no tanto un fruto o una condecoración, sino el andar mismo: “el alma –dice– se ejercita continuamente observando cosas desconocidas y nuevas. Y no conozco mejor escuela para formar la vida que presentarle sin cesar la variedad de tantas vidas, fantasías y costumbres diferentes, y darle a probar la tan perpetua variedad de formas de nuestra naturaleza”.

Montaigne no acude a monumentos de postal o a paisajes majestuosos. “Aguanto a caballo sin desmontar, enfermo de cólico como estoy, y sin aburrirme, ocho y diez horas” y “ninguna estación me es hostil salvo el violento calor de un sol abrasador”. “Me gustan las lluvias y los lodos como a los patos. El cambio de aire y de región no me afecta. Cualquier cielo me va bien”.

Si “cualquier cielo me va bien”, su corazón anticipa la bondad inherente a las cosas que, por finitas, resultan diferentes y de una concomitante amenidad. Montaigne es la conciencia de la propia finitud que evita sacralizar cualquier opinión, y lleva no a la amargura sino a la sonriente reconciliación con una condición que, por imperfecta, se torna continuo asombro, puesto que –palabras suyas– “veo en la ignorancia una profundidad y una variedad infinitas”.

La caminata como liturgia y como el estado admirativo en que Platón situaba la cuna del filosofar. Desgraciadamente, hábito escaso alrededor. Al propio Montaigne no le fue posible contagiar su ánimo a ninguno de los miembros de su comitiva viajera. Habiendo salido del castillo acompañado por su hermano Bertrand-Charles, su cuñado Bernard y un par de amigos aristócratas, en el *Diario de viaje* –que no fue concebido para ver la luz y solo pudo conocerse a fines del siglo XVIII– una anotación de su secretario relata que, llegado un punto, “cada uno de ellos solo pedía la retirada. Incluso allí donde solía decir que había pasado una noche agitada, cuando por la mañana recordaba que tenía que ver una ciudad o una nueva comarca, se levantaba con curiosidad y alegría. No le vi nunca cansado ni quejarse de sus dolores, pues tenía el ánimo, tanto por el camino como en los albergues, tan atento a lo que encontraba y buscando en cada ocasión hablar con extranjeros, que creo que eso le distraía de sus dolencias”. Y “cuando alguien se le quejaba de que a menudo llevaba al grupo por caminos diferentes y contrapuestos, volviendo con frecuencia muy cerca de donde había partido, respondía que, en cuanto a él, no iba a ningún otro lugar sino a aquel donde se encontraba, y que no podía errar ni desviarse de su camino, no teniendo más propósito que el de pasear por lugares desconocidos”.

La diferencia entre Montaigne y los otros reside en lo que el escritor Claudio Magris llamaba “la *persuasión* del presente”, una insobornable confianza en lo existente que apaga la queja o ahuyenta la ensoñación desahogada. Estar bien donde

se está y paladear la demora, prolongar el deleite del instante como apertura al bendito caudal de la más pequeña cosa. Un evidente elogio de la lentitud.

Añade el ayudante de Montaigne: “le parecía ser igual que esos que leen algún cuento muy placentero, o un hermoso libro, y tienen miedo de que llegue pronto el final; asimismo él sentía un placer tan grande viajando que odiaba la proximidad del lugar donde debía descansar”.

Ahora, ¿cuáles son las raíces del peculiar carácter de Montaigne que lo separa de sus compañeros de ruta y del común de los hombres de su tiempo de espanto? Más aún, ¿cómo consigue un humano escapar a su época? Si no me equivoco, Rudyard Kipling decía: “cuéntame los primeros tres años de tu vida y te diré el resto”. Tampoco recuerdo quién afirmó que lo más importante que nos pasa en la vida sucede antes de los seis años. Como sea, es unánime que la edad infantil deviene si no determinante, sí decisiva e irrenunciable.

¿Saben? El secreto está en medio de un bosque. Les pido silencio, por favor. No se preocupen, no está a punto de aparecer un hada madrina o un travieso gnomo. Se trata de una cabaña de humildes leñadores. Allí, justo detrás de esos árboles. ¿No oyen las tiernas risitas de un bebé sucio pero rozagante? Es el pequeño Michaux, el Montaigne de uno o dos años que mucho después evocaría agradecido una decisión de su padre que muchos de nosotros posiblemente reprobaríamos.

Dice: “el buen padre que Dios me otorgó —que de mí no tiene sino agradecimiento por su bondad— me mandó desde la cuna a criarme en una pobre aldea de las suyas, y me tuvo allí durante toda mi crianza, y todavía más, acostumbRANDOME a la forma más común de vida”. Dejad a los niños formarse “a la fortuna bajo leyes populares y naturales, dejad a la costumbre que los habitúe a la sobriedad y a la austeridad, que deban descender de la dureza más que remontar hacia ella”. Mi padre “perseguía además otro objetivo: el de unirme al pueblo y a la clase de hombres que necesita de nuestra ayuda; y consideraba preferible que me viese obligado a mirar hacia quien me tiende los brazos que hacia quien me da la espalda. Y, por la misma razón, hizo que en la pila de bautismo me sostuvieran personas de la más modesta fortuna, para unirme y apegarme a ellas”.

Michel regresó al castillo a los tres años. Siguiendo consejos de entendidos, su padre resolvió que correspondía afinar con suavidad su alma luego de que el

cuerpo se fortificara en la aspereza. “Con un gran dispendio –relata Stefan Zweig–, Pierre Eyquem, como se llamaba, llamó expresamente a un ilustrado alemán, que no conocía una sola palabra de francés, al que asistirían dos ayudantes no menos cultos con la severísima prohibición de no hablar al niño más que en latín”, y “para evitar que el muchacho pueda adueñarse al mismo tiempo de su lengua materna, el francés, oscureciendo así la pureza y perfección de su dicción latina, en torno a él se traza un círculo invisible. Cuando su padre, su madre o los criados quieren decir algo al niño, antes tienen que recoger de boca de los maestros las migajas latinas”. Ello “tuvo la divertida consecuencia de que algunas palabras y nombres latinos circularsen por las aldeas vecinas”.

Pierre se atuvo a otra opinión de los preceptores a los que había contratado, y ya que “era perjudicial para «el tierno cerebro del niño» despertarle por la mañana «violentemente con un sobresalto»”, “se ideó un sistema para ahorrar a sus nervios la mínima sacudida, y a Michel lo despertaban con música en su camita infantil”. Posteriormente, adquiriría una biblioteca de clásicos griegos y latinos que, con los años, formarían el círculo feliz de su rutina en el castillo.

Trazos que permiten reconocer en Montaigne un “hombre a caballo”: un pie en un lado y el otro en el opuesto. Un artista del equilibrio, un espíritu de frontera, cuyas inclinaciones oscilan sin contradicción entre el refinamiento humanista y el sentido común campesino, entre la erudición libresca y la sujeción a la experiencia y la naturaleza, entre la elegancia de la corte y la alegre rusticidad del campo, entre la dedicación pública y la custodia de su intimidad espiritual, entre la devoción por el castillo familiar y el entusiasta extravío por parajes incógnitos y remotos.

Solo ese temprano hábito del cruce de senderos podía ensanchar los ojos en un siglo de intolerancias y confrontaciones, y adaptarlos a la vecindad de lo distinto, a la consideración –y no el simple respeto que a veces incomunica– de lo contrario o extranjero. “Ninguna creencia me ofende”, dice Montaigne. En vez de aspirar a que la variedad del mundo se simplifique y ajuste a nuestras precarias abstracciones, en vez de la tentación de dictadores y dogmáticos de instaurar la uniformidad de las costumbres, ser fiel a la ilimitada variedad de lo humano y aprender de su libre mudabilidad. Leer, conversar, viajar para abrazar el mundo, y como diría Rilke

respecto de la persona amada, que ella sea no un espejo que apenas nos reflejaría, sino una ventana por donde contemplemos el “anchuroso mar de la existencia”.

Ya cada uno es por dentro la obra de múltiples abrazos. Por ejemplo, en el cuerpo cuyos rasgos conservan la unión de otros cuerpos. O en el castellano en que hablo ahora y en el que escucho las mañanas de la Academia de Platón, una controversia en el senado de Roma, el murmullo polvoriento de caravanas de camellos, los asombros y terrores de la soldadesca de Pizarro y, protegiéndome de la intemperie, la cálida voz de mi madre, así como alentándome a decir la vida la compañía de todos ustedes.

Muchísimas gracias.